



Salesiani di Don Bosco
Capitolo Generale 27

La Comisión precapitular

***Testigos de la radicalidad evangélica “Trabajo y
templanza”***

Instrumento de trabajo

INTRODUCCIÓN

La carta de convocatoria del CG27, escrita por el Rector Mayor en abril de 2012, presenta como tema capitular el siguiente: “Testigos de la radicalidad evangélica” (ACG 413). Este tema presenta como subtítulo el lema que Don Bosco propuso a la Congregación: “Trabajo y templanza”. El tema y el subtítulo nos remiten a la fuente evangélica de nuestra vida consagrada salesiana y al estilo de vida que Don Bosco nos ha propuesto.

Durante el ministerio público Jesús reunió a su alrededor a un grupo de discípulos. Así lo narra el Evangelio de Marcos: Jesús “*subió después al monte, llamó junto a sí a los que quería y ellos fueron junto a él. Los constituyó como Doce a los que llamó apóstoles, para que estuviesen con él y para enviarlos a predicar con el poder de expulsar a los demonios*” (Mc. 3, 13-15). Aun antes de que en la Iglesia naciese la “sequela Christi” como forma de vida, la tradición evangélica más antigua propuso a los creyentes el discipulado como camino para seguir a Jesús. Los discípulos son aquellos a los que Jesús llama junto a sí y que inmediatamente van con él; estos quedan constituidos como comunidad con la doble finalidad de estar con él y de ser enviados a predicar.

El texto evangélico de Marcos constituye una referencia bíblica interesante para el tema capitular. Si queremos ser auténticos discípulos de Jesús, debemos ser también apóstoles apasionados suyos. Jesús nos convoca para estar con él y para enviarnos a predicar a todos su evangelio. Los verbos “estar” y “enviar” expresan el dinamismo de la comunidad de los discípulos que Jesús continuamente escoge; indican aspectos inseparables que acoger en la “*gracia de unidad*”. Este es el don y el compromiso más exigente para nosotros hoy, tanto en la vida personal como en la comunitaria. Se trata, pues, de vivir conjuntamente, como dice la Exhortación apostólica “Vita consecrata”, la identidad de nuestra vocación consagrada, que es “*misterium Trinitatis*”, “*signum fraternitatis*”, “*servitium caritatis*”. Al centro de nuestra vida debe volver el primado de la gracia, la iniciativa de Dios y la búsqueda de su voluntad, la fascinación por Jesús, la vida en el Espíritu; esto exige una verdadera conversión y el ejercicio del discernimiento.

El CG27 nos llama a testimoniar la “gracia de unidad” con *radicalidad evangélica*. Todos nosotros nos hemos preguntado qué es la radicalidad evangélica. En estos primeros meses de pontificado hemos visto que el Papa Francisco ha hecho de la radicalidad evangélica y de la misericordia los pilares de su acción pastoral, con un estilo de vida pobre y cercana a todos. El Papa Benedetto XVI se expresó así hablando a las religiosas jóvenes: “La radicalidad evangélica es permanecer «radicados y cimentados en Cristo, sólidos en la fe» (Col 2,7), que en la vida consagrada significa ir a la raíz del amor a Jesucristo con corazón indiviso, sin anteponer nada a ese amor (Cf. S. Benito, Regla, IV, 21), ... El encuentro personal con Cristo, que nutre vuestra consagración, debe ser testimoniado con toda la fuerza transformante en vuestras vidas; y posee hoy un especial relieve... Ante el relativismo y la mediocridad, surge la necesidad de esta radicalidad, que testimonia la consagración como pertenencia a Dios, sumamente amado”.¹

¹ BENEDICTO XVI, *Discurso a las religiosas jóvenes*, Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, 19 de agosto de 2011.

Don Bosco nos ha propuesto vivir el testimonio de la radicalidad a través del lema de la Congregación, que se sintetiza en el binomio “*trabajo y templanza*”. Este lema traduce concretamente la oración y el programa de vida de Don Bosco “da mihi animas, cetera tolle”. El trabajo santificado es nuestra mística y hace visible el “da mihi animas”: el salesiano, apasionado por las almas, se entrega totalmente a los jóvenes con un trabajo incansable. La templanza es nuestra ascética y hace visible el “cetera tolle”: el salesiano, dispuesto a que se pierda todo, vive con mesura, moderación, autocontrol para concentrarse en la “mayor gloria de Dios y la salvación de las almas”. En este caso, como es típico para todos los binomios que Don Bosco propone, se trata de vivir el trabajo y la templanza en “gracia de unidad”: no se puede separar la mística de la ascética y viceversa.

El “*instrumento de trabajo*”, que ofrecemos ahora a los hermanos, refleja las múltiples situaciones y sensibilidades de la Congregación, que por otra parte en los Capítulos inspectoriales se ha expresado con amplias convergencias sobre los aspectos fundamentales. Esto acusa también el diferente estilo de redacción de los tres grupos de la Comisión precapitular; cada grupo, en efecto, ha formulado el texto de un núcleo después de haber compartido sus contenidos en la Comisión.

El “instrumento de trabajo” ofrece la síntesis de las aportaciones de los Capítulos inspectoriales sobre el tema del CG27 y el mismo tiempo tiene presente la carta de convocatoria del CG27 escrita por el Rector Mayor. En este instrumento se encuentran los tres núcleos “místicos en el Espíritu”, “profetas de la fraternidad” y “siervos de los jóvenes”, articulados según la metodología de discernimiento propuesta por los Capítulos inspectoriales:

- *Escucha*: presenta la realidad de la Congregación en sus aspectos fundamentales hoy, o sea lo que la interpela con más fuerza y lo que le parece más prometedor y arriesgado para el testimonio de la radicalidad evangélica; evidencia lo que la Congregación percibe y vive como realidad importante y prioritaria: deseos y expectativas que satisfacer, interpelaciones y provocaciones a las que responder, compromisos que reforzar, retos que afrontar, preocupaciones y riesgos que tener presentes.
- *Lectura*: presenta las raíces, las causas y las motivaciones de los aspectos que se han manifestado en la escucha de la realidad; especialmente evidencia la comprensión de las situaciones, de los signos de los tiempos, de las sensibilidades percibidas por la Congregación, de lo que la interpela, aparece prometedor o se manifiesta arriesgado.
- *Camino*: presenta la meta que alcanzar y los pasos que dar para avanzar en el testimonio de la radicalidad evangélica, atribuyendo a los distintos sujetos los compromisos que deben asumir; especialmente señala el camino por hacer a través de procesos que se empiezan o se continúan, mentes que convertir, estructuras que cambiar, intervenciones que realizar.

El fruto del trabajo de la Comisión precapitular se envía ahora a *todos los hermanos* y sobre todo a los participantes en el CG27. Se trata de un instrumento de trabajo, que podrá ser útil para prepararse para la Asamblea capitular en la oración, en la comunicación comunitaria y en la reflexión. Es una etapa ulterior “hacia el G27”, favorecida por el clima espiritual de este tercer año de preparación al Bicentenario del Nacimiento de Don Bosco.

Nos confiamos al Espíritu Santo, que es Señor y da la vida, y a María, Auxilio de los Cristianos y columna de nuestra Congregación: que el Espíritu y María nos acompañen en este camino de preparación con su animación e intercesión, para que podamos convertirnos y producir frutos abundantes, los frutos esperados de visibilidad, credibilidad y fecundidad.

En Don Bosco

La Comisión precapitular del CG27

MÍSTICOS EN EL ESPÍRITU

“Subió al monte, llamó junto a sí a los que quería y ellos fueron junto a él. Los constituyó como Doce a los que llamó apóstoles, para que estuviesen con él y para enviarlos a predicar con el poder de expulsar a los demonios” (Mc. 3, 13-15)

ESCUCHA

[1] Dios nos llama y consagra (Const. 3)

Dios, creador y salvador, el Padre que ha enviado a Jesús y el Espíritu, ha tomado la iniciativa de llamarnos y consagrarnos a nosotros, Salesianos de Don Bosco, para el seguimiento del Señor Jesús, en comunidades fraternas, enviándonos a los jóvenes para el servicio educativo pastoral. A nosotros nos toca responder a las expectativas y retos que la iniciativa de Dios pone delante de nosotros.

En los Capítulos inspectoriales se puede escuchar el profundo deseo de hermanos y comunidades de dar el primado a Dios en la propia vida. Estamos deseosos de conocer Su voluntad, escrutando Su Palabra y los signos de los tiempos presentes en la vida de la Iglesia, de la Congregación y del mundo. Queremos sinceramente que se cumpla no nuestra voluntad, sino la de Dios que nos llama y nos consagra (cf. Jn 6,38; Mat 26,39). Comprendemos que dar el primado absoluto a Dios es la necesidad más importante de este tiempo, si pretendemos vivir auténticamente nuestra vida de consagración apostólica. No sólo hay en nosotros un vivo deseo, sino también una clara demanda por parte de los jóvenes de que nosotros, los salesianos, seamos testigos felices y radicales de Dios y manifestemos en la vida que lo estamos buscando.

Nosotros, por tanto, queremos asumir las expresiones concretas del primado de Dios: las motivaciones coherentes, la profunda vida de oración personal y comunitaria, la escucha diaria de la Sagrada Escritura, la fiel participación en la Eucaristía y la celebración frecuente del Sacramento de la Reconciliación, la total disponibilidad al proyecto de Dios y la constante actitud de discernimiento de Su voluntad, la experiencia comunitaria que se radica en la comunión trinitaria y se expresa en el testimonio. Se añade a esto el trabajo incansable que manifiesta nuestra entrega a la misión y la templanza que refuerza la custodia del corazón y el dominio de nosotros mismos y nos ayuda a mantenernos serenos, aceptando alegremente cada día las exigencias y las renunciaciones de la vida apostólica (Const. 18).

Por otra parte debemos reconocer que nuestro profundo deseo de dar a Dios el primer lugar y la petición de espiritualidad por parte de los jóvenes no quedan siempre adecuadamente satisfechos por nosotros y por nuestras comunidades; y menos aún se hacen visibles y creíbles. A pesar de ello, llamados por Dios a ser Salesianos de Don Bosco, queremos con todas nuestras fuerzas imitar a Don Bosco, que “*profundamente*

hombre de Dios, lleno de los dones del Espíritu Santo, vivía ‘como si viese al Invisible’ (Heb 11,27)” (Const. 21).

[2] Dios nos convoca al seguimiento de Cristo (Const. 50)

“Dios nos llama a vivir en comunidad, confiándonos hermanos a quien amar. La caridad fraterna, la misión apostólica y la práctica de los consejos evangélicos son los vínculos que plasman nuestra unidad y vigorizan continuamente nuestra comunión” (Const. 50). Los Capítulos inspectoriales perciben esta llamada como un gran reto, tanto más urgente, cuanto más influenciados nos sentimos por el individualismo usurpador que considera la autorrealización como el valor supremo, por el consumismo que cree encontrar la felicidad en la abundancia de los bienes materiales, por el cultivo de los medios de comunicación que favorece una mentalidad egocéntrica atenta sólo a las necesidades individuales, la exaltación emotiva de las relaciones y de los lazos sociales, la preferencia de lo efímero, de lo inmediato y de la apariencia.

Estos rasgos sobresalientes de nuestra cultura global niegan los valores representados por los consejos evangélicos de la vida consagrada. Para el verdadero bien de la humanidad y de la juventud resulta más necesario que nunca el visible, creíble y fecundo testimonio de nuestra obediencia, pobreza y castidad a imitación de la de Cristo. Agradecemos a Dios los numerosos hermanos ancianos y enfermos, ejemplos de sereno envejecimiento, y tantos hermanos jóvenes y menos jóvenes que trabajan incansablemente con espíritu fraterno y apostólico. Si los ancianos son la memoria de nuestras comunidades, los hermanos jóvenes son su promesa y todos nosotros somos el presente. Nos podemos preguntar si los hermanos ancianos y enfermos son suficientemente apreciados y si los hermanos jóvenes son suficientemente valorados, responsabilizados y acompañados en la asunción generosa de la misión.

Somos conscientes de la resistencia que sentimos, como personas y como comunidad, a responder generosamente a la llamada de Jesús (Mc 10, 21). El espíritu de renuncia y de sacrificio es un punto débil de nuestra época. Esto nos impide vivir auténticamente la radicalidad evangélica, que hemos prometido públicamente en la profesión religiosa. De ahí nace a veces una mediocridad de vida que se acopla a una mentalidad rutinaria, impidiéndonos elevarnos a deseos altos y generosos, hacer nuestros los pensamientos, los sentimientos y los actos de Jesús y ser así discípulos suyos auténticos.

Otro punto débil de la cultura actual afecta a la templanza. Algunos Capítulos inspectoriales hablan de cierta falta de la misma, tanto a nivel personal como comunitario. Siendo la templanza parte del lema salesiano, este punto débil nos toca en lo más vivo. A decir verdad falta una correcta y actual comprensión de la templanza. En la Sagrada Escritura el término “templanza” se usa para la disciplina que el atleta impone a su cuerpo (1Cor 9, 25), como también para el control de la sexualidad (1 Cor 7, 9). Temperante es el espíritu fuerte que ha puesto bajo control sus deseos y su búsqueda de placer. La templanza es dominio de sí que es fruto del Espíritu (Gal 5,22-23). Es la virtud por la que un hombre se convierte así en dueño de sí mismo para estar dispuesto a convertirse en siervo de los demás.

Al hacer la profesión religiosa, concluimos diciendo: “Tu gracia, Padre, [...] y mis hermanos salesianos me asistan cada día y me ayuden a ser fiel”. Los Capítulos inspectoriales notan por último con insistencia y con pesar la gradual disminución en la

Congregación de la práctica del precepto evangélico de la “corrección fraterna” (Mat 18,15-17; Lc 17,3). Hablan de “respeto humano” por parte de superiores y hermanos, que dudan en intervenir caritativamente en casos de abusos individuales y comunitarios en materia de obediencia, pobreza y castidad, contra-testimonios que arruinan la belleza y el valor de signo de nuestra vida consagrada para el mundo, para la juventud y para los laicos en la Iglesia.

[3] Dios nos envía a los jóvenes (Const. 2)

El primado de Dios nos permite ofrecer al mundo, al que Dios nos envía, un testimonio visible, creíble y fecundo. La comunidad salesiana es una escuela de vida y testimonio. En ella hay hermanos que trabajan con entrega en las fronteras del mundo juvenil. Tiene un gran valor de testimonio la ancianidad y la enfermedad santificada. Entre nuestros hermanos difuntos y vivos, jóvenes y ancianos, ha habido y hay espléndidos ejemplos de santidad. Es una santidad reconocida y ordinaria, que tiene características especiales.

Por otra parte, debemos también reconocer que con frecuencia la gente y los jóvenes no nos ven como “místicos en el Espíritu”, es decir hombres de Dios, llamados y consagrados por Él, sino más bien como simples maestros, agentes sociales, administradores y dueños de empresa. No siempre se perciben nuestras profundas motivaciones radicadas en los valores del Evangelio. A nosotros mismos nos cuesta compartir nuestra vida de fe e implicar a los jóvenes, laicos corresponsables y familias en caminos de fe. Se manifiesta una difusa pérdida de entusiasmo y de pasión por la vocación y la misión salesiana.

A pesar de todo, nosotros, los Salesianos de Don Bosco, desde el fondo del corazón, deseamos vivir la entrega total a la misión de Don Bosco que decía: “*He prometido a Dios que hasta mi último aliento sería para mis pobres jóvenes*” (Const. 1).

[4] Dios nos ofrece la “gracia de unidad” (Const. 21)

Sentimos con cada vez mayor fuerza la llamada de Dios a la conversión y a acoger la “gracia de unidad”, condición esencial para vivir auténticamente como testigos de la radicalidad evangélica. Cuando Jesús llamó a los primeros discípulos, les concedió esta gracia: “Subió después al monte, llamó junto a sí a los que quería y ellos fueron junto a Él. Reunió a Doce, a los que llamó apóstoles, para que se quedasen con Él para enviarlos a predicar con el poder de expulsar a los demonios”. (Mc 3,13-15). Para nosotros, llamados por Dios como Salesianos de Don Bosco, la “gracia de unidad” consiste en ese “único movimiento de caridad hacia Dios y hacia los hermanos” (Const. 3) que une en unidad vital fe, esperanza y caridad, actividad y oración, trabajo y templanza, contemplación y acción, el “da mihi animas” y el “cetera tolle”, así como también los tres elementos inseparables de nuestra consagración apostólica: la práctica de los consejos evangélicos, la comunidad fraterna y la misión apostólica.

En nuestra tradición espiritual la “gracia de unidad” tiene como base fundamental el estado de “unión con Dios” habitual, que se concedió tan abundantemente a nuestro santo fundador Don Bosco. De este maravilloso estado de unión, fruto de generosa colaboración con la gracia divina en obediencia al precepto evangélico de “orar siempre” (Lc 18,1; 1Tes 5,17; Rom 12,12), nos hablan repetidamente las Constituciones.

El salesiano “cultiva la unión con Dios, advirtiendo la exigencia de orar sin pausa en diálogo sencillo y cordial con Cristo vivo y con el Padre al que siente cercano. Atento a la presencia del Espíritu y haciendo todo por amor de Dios, se hace, como Don Bosco, contemplativo en la acción” (Const. 12); “La necesidad de Dios, sentida en el compromiso apostólico, lleva [al salesiano] a celebrar la liturgia de la vida, alcanzando ‘esa actividad incansable, santificada por la oración y la unión con Dios, que debe ser la característica de los hijos de san Juan Bosco’ (Reg. 1924, art. 291)” (Const. 95). Notemos la necesidad de hacernos con un Espíritu de oración continua, como en la tradición se ha definido siempre la oración jaculatoria, para unificar la oración y el trabajo cotidiano. Esto se considera urgente en nuestra época y en la Congregación.

El obstáculo fundamental para vivir la “gracia de unidad” se encuentra en el hecho de que estamos fácilmente influenciados por la visión actual secularista y relativista de la vida, que conduce con frecuencia a una pérdida de motivaciones de fe, activismo compensatorio, superficialidad espiritual, falta de asiduidad y rutina en la oración personal y comunitaria, olvido del ejercicio práctico de la oración continua, incapacidad de crear la comunión con Dios y con los hermanos, tendencia al aburguesamiento, trabajo sin alma pastoral, falta de disciplina y templanza, uso desviado y superficial de las posibilidades de los medios de comunicación y, finalmente, pérdida de la fascinación por El que un día descubrimos como el verdadero tesoro y la perla preciosa de nuestra vida (Mat 13,44-45).

LECTURA

[5] Dios nos llama y nos consagra (Const. 3)

Como raíz de nuestras dificultades para mostrar un testimonio elocuente y transparente del Evangelio hay un insuficiente aprecio de la gracia de la vocación, el inestimable don de la llamada de Dios a la vida consagrada salesiana. Los tiempos actuales requieren de la vida consagrada apostólica que manifieste su identidad, que consiste en saber desplegar cada día la radicalidad del Evangelio, es decir, asumir plenamente el seguimiento de Jesús (Lc 14,25-27), en diálogo con nuestro tiempo (Mt 16,1-4). En el momento en que queramos vivir más claramente lo que somos, antes de lo que hacemos, es esencial recuperar con un acto de fe la palanca que sostiene nuestra razón de ser en la Iglesia y en el mundo: el primado de Dios que, a través de Cristo y en el Espíritu, nos llama a todos a la comunión con Él.

Pero en nuestras comunidades hay también algunos signos de esperanza. La presencia constructiva de hermanos ancianos y enfermos se debe a su fe viva y a su rechazo de considerarse “jubilados de la misión”; al contrario, “ofreciendo con fe las limitaciones y los sufrimientos por los hermanos y los jóvenes, se unen a la pasión redentora del Señor y siguen participando en la misión salesiana” (Const. 53). Además el don de numerosas vocaciones a la vida consagrada salesiana y los hermanos jóvenes son un estímulo para la comunidad; en efecto, ellos aspiran “a una vida más personal y más fraterna” (Const. 103); es suyo el reto de demostrar que “la formación inicial más que espera, es ya tiempo de trabajo y de santidad” (Const. 104); “ellos están más cerca de las nuevas generaciones, capaces de animación y entusiasmo, disponibles para soluciones nuevas” (Const. 46).

En los últimos cincuenta años, en el proceso de renovación de la vida consagrada apostólica, para potenciar algunos elementos se han descuidado otros con perjuicio del primado de Dios. A veces la autorrealización se ha defendido maltratando la vida comunitaria y las exigencias de la misión común; otras veces la visión de comunidad, replegada sobre sí misma y manejada por la decisión de hermanos que deseaban vivir con amistad, se ha promovido debilitando la conciencia de que Dios nos llama a vivir en comunidad y recibir de Dios hermanos que amar; otras veces también una opción más bien exclusiva para los pobres se ha realizado descuidando la vida sacramental, la oración personal y comunitaria, el sentido pastoral de la acción apostólica y el servicio abierto a todos, aunque preferencial para los pobres.

Superando estas contraposiciones, hoy tenemos necesidad de motivarnos para asumir personal y comunitariamente los medios indispensables para mantener viva la unión con Dios día a día, medios que nos señalan puntualmente nuestras Constituciones y Reglamentos, medios que necesitamos para convertirnos en hombres abiertos al Espíritu que ofrecen a otros el fruto de su experiencia de Dios. Don Bosco nos dice a cada uno de nosotros: *“Si me habéis querido en el pasado, seguid amándome en adelante con la exacta observancia de nuestras Constituciones”* (MB XVII,258 y Proemio a las Constituciones).

[6] Dios nos convoca al seguimiento de Cristo (Const. 50)

Las dificultades que experimentamos para responder a la llamada de Dios para vivir el seguimiento de Cristo con radicalidad se deben a una débil fe en la fecundidad de los consejos evangélicos para realizar la comunión en comunidad y la misión por los jóvenes. Así se expresan sobre ello las Constituciones: “Don Bosco hace notar con frecuencia que la práctica de los votos refuerza los vínculos del amor fraterno y la cohesión en la acción apostólica. La profesión de los consejos nos ayuda a vivir la comunión con los hermanos de la comunidad de vida consagrada, como en una familia que goza de la presencia del Señor. Los consejos evangélicos, favoreciendo la purificación del corazón y la libertad espiritual, hacen solícita y fecunda nuestra caridad pastoral: el salesiano obediente, pobre y casto está dispuesto a amar y servir a aquellos a quienes el Señor lo envía, sobre todo a los jóvenes pobres” (Const. 61). Por el contrario se nota una vida de comunidad carente de relaciones fraternas, que pone en peligro nuestra obediencia, pobreza y castidad y que nos arrastra a buscar compensaciones en el prestigio personal, en las comodidades y regalos y en “actitudes y comportamientos peligrosos y ambiguos” (Reg. 68) respecto a nuestras “relaciones con las personas y nuestras amistades”.

La práctica de los consejos evangélicos es un don inestimable al que corresponde una inderogable responsabilidad de respuesta. La dificultad de nuestra respuesta vocacional se debe también al poco aprecio del don recibido. Este aprecio es también un don, al que debemos abrirnos con fe: “No todos entienden esta palabra, sino sólo aquellos a los que se les ha concedido” (Mt 19,11). Según el ejemplo de Jesús y de Don Bosco, obediencia, pobreza y castidad son perlas preciosas que se deben amar apasionadamente. El amor a la obediencia coincide con nuestro amor a Dios, porque se hace la voluntad de quien se ama: “En la verdadera obediencia está el conjunto de todas las virtudes” (Don Bosco, “A los socios salesianos”, Introducción a las Constituciones, p. 219). “La pobreza hay que tenerla en el corazón para practicarla” (Don Bosco, citado por GC26, 87). “La virtud sumamente necesaria, virtud grande, virtud angélica, a la que hacen de corona todas las

demás, es la virtud de la castidad” (Don Bosco, “A los socios salesianos”, Introducción a las Constituciones, p. 223). Tal vez no hemos meditado bastante el “sueño de los diamantes” en el que Don Bosco reaviva nuestro amor por la abundancia de dones que Dios nos ha ofrecido llamándonos a la vida consagrada salesiana.

Otra razón de los problemas vinculados con el seguimiento de Cristo la señala los Capítulos inspectoriales en la natural repugnancia a entrar por la “puerta estrecha” y caminar por el “camino angosto” (Mt 7,13) que lleva a la vida y a la vida “en abundancia” (Jn 10,10). La puerta estrecha y el camino angosto son precisamente símbolos de la “radicalidad evangélica” expresada por Jesús como precondition de seguirle a Él (Lc 14,27.33), que ha sabido “vaciar de sí mismo” (Fil 2,7). La vida salesiana de comunidad intenta sostener a cada hermano en ese compromiso de radicalidad con la dirección espiritual comunitaria e individual del director, con la recíproca corrección fraterna y con la mutua edificación. El testimonio de vidas vividas en la fidelidad y en la alegría como hermanos en nuestras comunidades es el fruto maduro de esta dirección espiritual. En ellas tocamos la fe en el misterio pascual, es decir, la convicción de que en Cristo la vida abundante deriva de saber morir a sí mismo. Es la experiencia del apóstol Pablo: “He sido crucificado en Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y esta vida, que yo vivo en el cuerpo la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me ha amado y se ha entregado a sí mismo por mí” (Gal 2,19-20) Es esta también la fuente de entrega incondicional a la misión educativa pastoral que nos han confiado la Iglesia y la Congregación: “El amor de Cristo nos impulsa” (2Cor 5,14).

Una última causa de nuestras dificultades es la debilidad de la formación. Con demasiada frecuencia limitamos la comprensión de la formación a sus estadios iniciales, en vez de ver la formación como un reto permanente de nuestra vida, hasta el supremo momento de la muerte. El cuidado de la formación tanto inicial como permanente es una condición esencial para vivir en plenitud el seguimiento de Cristo. La formación nos ayuda a purificar las motivaciones, habituándonos a vivir con recta intención; nos hace crecer en madurez afectiva, curando eventuales heridas psicológicas producidas en las experiencias pasadas; nos educa en el trabajo y la templanza con un compromiso apostólico disciplinado y desinteresado que sabe trazar los necesarios límites en las relaciones interpersonales; nos entrena a un estilo de vida sobrio que no rehúsa la fatiga del trabajo manual y de los humildes servicios en la comunidad.

[7] Dios nos envía a los jóvenes (Const. 2)

Los hermanos totalmente entregados a la misión son capaces de una gran generosidad, porque están sostenidos por una intensa vida de oración personal y comunitaria y por sólidas relaciones fraternas. Ellos nos sirven de ejemplo en saber asumir en la vida y en el trabajo los reclamos positivos de la cultura de hoy: las invitaciones a la coherencia, a la vitalidad, a la libertad, a la búsqueda de sentido y de plenitud, a la apetencia de relaciones profundas y auténticas, etc.

En la raíz de tantas dificultades de vida y trabajo está el hecho de que, enviados por Dios al mundo, a veces nos dejamos influenciar, más que por la Palabra de Dios y por nuestra Regla, por los aspectos negativos de la cultura, es decir, del secularismo, relativismo, pragmatismo, materialismo, individualismo, prometeísmo, aburguesamiento, consumismo, hedonismo ... Por consiguiente nos convertimos en víctimas de la fragmentación, de la dispersión, de la competitividad, de la sensualidad, del deshacerse de ataduras, de la

superficialidad, de la búsqueda obsesiva de las comodidades y cosas por el estilo. Quedamos con frecuencia en una situación de mediocridad apostólica, cuyas manifestaciones son la irresponsabilidad, el cansancio y la falta de entusiasmo; en estas condiciones no somos ya capaces de atraer a los jóvenes y ofrecerles ideales y horizontes vitales.

No logramos entonces de verdad “estar en el mundo sin ser del mundo” (cf. Jn 17,10.14-15.18). Nosotros, llamados a ser “la sal de la tierra”, estamos en peligro de perder el sabor y entonces “si la sal pierde el sabor, ¿con qué se la salará? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente” (Mat 5,13; Lc 14,34-35). Urge, pues, superar esta mediocridad. Seremos buena sal de la tierra si, con Don Bosco, cada uno de nosotros puede decir a los jóvenes: *”Yo por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo, por vosotros estoy también dispuesto a dar la vida”* (Const. 14).

[8] Dios nos ofrece la “gracia de unidad”

En medio de estas dificultades, Dios viene en nuestra ayuda ofreciéndonos la “gracia de unidad”. Los hermanos que han recibido y reciben esta gracia y que por eso “han vivido y viven en plenitud el proyecto evangélico de las Constituciones son para nosotros estímulo y ayuda en el camino de santificación. El testimonio de esta santidad, que se actúa en la misión salesiana, revela el valor único de las bienaventuranzas, y es el don más precioso que podemos ofrecer a los jóvenes” (Const. 25). La santidad es el fruto de la “gracia de unidad”; el conocimiento de las figuras de santidad de la familia salesiana nos estimula a ser santos; se trata de una santidad que tiene muchos rostros, determinados por los dones del Espíritu y por las situaciones históricas.

Un obstáculo para recibir esta gracia es la falta de una verdadera dirección espiritual salesiana. Según los Capítulos inspectoriales con frecuencia les falta a nuestros directores una profunda conciencia de que son los guías espirituales de las comunidades, propuestos también a cada hermano. La crisis de las buenas noches diarias y del coloquio frecuente con el director son un indicio de lo que está sucediendo. Por consiguiente nuestras comunidades no ofrecen una atmósfera que favorezca el crecimiento de los hermanos como “místicos en el Espíritu”.

Otra causa la constituye una lectura superficial, si no es además equivocada, del dicho de Don Bosco “¡Trabajo! ¡Trabajo! ¡Trabajo!”. Con esa interpretación se cree poder justificar el débil testimonio de ser “místicos en el Espíritu”: la falta de asiduidad a la oración comunitaria, el desequilibrio en las actividades como si fuesen el equivalente de la misión, permitir indebidamente al trabajo pastoral que irrumpa en nuestra comunidad en oración disgregándola, no saber atesorar ocasiones para rezar con la gente y con los jóvenes, no saber hacer de modo que el trabajo se convierta en ayuda y no en obstáculo para nuestra santificación.

Una tercera causa señalada por los Capítulos inspectoriales la da una cierta crisis de identidad de la vida consagrada apostólica, que serpea en nuestras comunidades, compuestas por presbíteros y laicos. Hay salesianos presbíteros cuyo ministerio pastoral y salesianos laicos cuyo trabajo profesional oscurecen indebidamente su ser consagrados. Los salesianos presbíteros y los salesianos laicos tienen necesidad de ser visibles, creíbles y vocacionalmente fecundos, testigos de su identidad de consagrados entregados al ministerio educativo pastoral.

Un último obstáculo consiste en la búsqueda de comodidades y solaces que ennegrece nuestro testimonio de vida. Los consejos evangélicos de la vida consagrada deben vivirse en unidad. La falta de testimonio de un voto obscurece también el testimonios de los otros votos. La infidelidad a la pobreza evangélica enfría el fervor de la oración, disgrega la fraternidad comunitaria, reseca la pasión apostólica. Si no nos convertimos a la “gracia de unidad”, corremos el riesgo de vivir una vida comodona, que rechaza el esfuerzo de la formación permanente, que no siente la atracción de la insondable belleza de la vocación que nos ha dado Dios, que vive el mismo trabajo no como misión sino como lugar de autorrealización individual.

Para recibir hoy el don de la “gracia de unidad” y para vivir la unión con Dios, con la abundancia que caracterizó los comienzos de la Sociedad salesiana, el profundo deseo de Dios que sentimos debe empujarnos a responder con una conversión auténtica de la mente y del corazón y con una profunda purificación. Estamos, en efecto, fácilmente salpicados por los aspectos menos positivos de la cultura de nuestra época, especialmente por el aburguesamiento y el consumismo que acabamos de señalar. El artículo 18 de las Constituciones nos hace recordar dos palabras de Don Bosco muy apropiadas al efecto: la primera palabra dice: “*El trabajo y la templanza harán florecer a la Congregación*” (MB XII, 466); la segunda es una palabra de su testamento espiritual que nos advierte: “*Cuando empiecen entre nosotros las comodidades o lujos, nuestra sociedad ha terminado su camino*” (MB XVII, 272).

CAMINO

META

[9] *Vivir en una continua conversión espiritual, que nos ayude a acoger y testimoniar la “gracia de unidad” de nuestra consagración apostólica.*

PASOS QUE DAR

Hermano

[10] Acoge el don de la conversión continua a través de la gracia de unidad y de la radicalidad evangélica, proponiéndose un proyecto personal de vida (Reg. 99). En él hace suyos los compromisos del proyecto comunitario, discierne en el Espíritu la voluntad de Dios en lo cotidiano, concreta la aspiración a “una medida alta de vida cristiana ordinaria” según el Espíritu de las bienaventuranzas, manifiesta el esfuerzo por vivir el lema “trabajo y templanza”, establece los medios para luchar contra la superficialidad espiritual, la mediocridad y la rutina. Formula el proyecto de vida por medio de una adecuada reflexión en diálogo con el guía espiritual.

[11] Construye la comunión con los hermanos con su presencia en la oración comunitaria. Se compromete a la fiel participación cotidiana en comunidad en la Eucaristía y en la Liturgia de las horas, en la Meditación y en la lectura espiritual.

[12] Cultiva la oración personal: manifiesta su amor a Jesús Eucaristía con frecuentes visitas (Const. 88); con el rezo diario del Rosario demuestra su filial devoción a María e, imitándola, se ejercita en la contemplación orante (Const. 87); celebra con frecuencia el Sacramento de la Reconciliación con un confesor regular y se prepara a ella con el examen de conciencia cotidiano.

[13] Se acostumbra a “orar siempre, sin cansarse nunca” (Lc 18.1) con la “oración sin pausa en diálogo sencillo y cordial con Cristo vivo y con el Padre al que siente cercano” (Cfr. Const. 12 y 95), oración continua que en la tradición espiritual se llama oración jaculatoria y que culmina en la unión con Dios. En especial medita y ora a lo largo del día la liturgia de la Palabra cotidiana en el Espíritu de la *Lectio divina*, entendida como un modo de vivir totalmente iluminados por la Palabra de Dios.

[14] Asume el compromiso del acompañamiento espiritual, determinando la frecuencia del coloquio con el director y con el guía espiritual y buscando juntos la voluntad de Dios en la experiencia personal, en las circunstancias y en los signos de los tiempos.

[15] Cultiva el hábito “de la lectura y del estudio de las ciencias necesarias para la misión” (Reg. 99). Como camino hacia la formación de una conciencia mística, se entrega a la profundización de los escritos espirituales de San Juan Bosco y de San Francisco de Sales con ocasión de sus inminentes centenarios. Contribuye a crear una atmósfera comunitaria de recogimiento, reflexión y estudio y a enriquecer la comunicación entre los hermanos con la comunicación de experiencias espirituales y pastorales.

Comunidad

[16] Elabora anualmente el proyecto de vida comunitaria, con la conducción competente y eficaz del director como guía espiritual de la comunidad; tiene presentes los diversos aspectos de la vocación consagrada para vivir según la “gracia de unidad”: primado de Dios, seguimiento de Cristo, vida fraterna y acción apostólica; crea en especial un ambiente favorable al continuo crecimiento espiritual de los hermanos y se convierte en el primero y más importante lugar de formación permanente.

[17] Programa el horario de la liturgia, es decir Eucaristía y Liturgia de las Horas, y de la oración comunitaria, es decir meditación y lectura espiritual, del modo que sea conveniente a todos los hermanos para participar regularmente.

[18] Estudia el modo de asegurar “el clima de recogimiento y de oración” (Reg. 43), como disciplina personal y comunitaria y ayuda para formar el hábito a la oración personal, a la lectura, al estudio y a la reflexión.

[19] Determina le prácticas ascéticas comunes como la “penitencia comunitaria” del viernes, la “práctica comunitaria de mortificación” de la cuaresma (Reg. 73), el “via crucis” y el “via lucis”, etc. como signos visibles de nuestra voluntad pascual de conversión, de templanza y de comunión con los pobres.

[20] Asegura una periódica revisión comunitaria sobre el modo de dar testimonio visible, creíble y fecundo de los consejos evangélicos; realiza la práctica de la corrección fraterna (Const. 90); favorece una cultura del modo de habitar en el mundo digital; se examina sobre el uso moderado de los viajes y de los medios de transporte.

[21] Acoge los alientos oportunos y las intervenciones caritativas del director para prevenir o corregir posibles desviaciones; también de este modo el director se convierte en guía espiritual estimado por la comunidad.

[22] Hace de modo que, como ayuda en la lectura, estudio y reflexión personal, se dote a la biblioteca de obras clásicas y actuales de espiritualidad, especialmente de San Francisco de Sales y de San Juan Bosco, tanto en forma digital como impresas.

Inspectoría

[23] Verifica el testimonio de pobreza religiosa de todas las comunidades, prestando atención al estilo de vida, a las estructuras comunitarias, al uso de los medios de transporte y a los viajes, empezando por la sede inspectorial.

[24] Actualiza el proyecto inspectorial para la formación, de modo que ayude a los hermanos a purificar motivaciones, a reforzar convicciones personales, a integrar la vida de fe con la vida de comunidad y el trabajo apostólico, a garantizar las necesarias competencias para la dirección espiritual y para el trabajo educativo pastoral, a vivir intensamente los ejercicios espirituales anuales y otras reuniones inspectoriales y así crear una cultura inspectorial de “escala alta” que estimule a todos a vivir la “gracia de unidad”.

[25] Verifica y garantiza la solidez cualitativa y cuantitativa de las comunidades locales, de modo que los hermanos no estén cargados de trabajo y por ello estén tentados a descuidar los momentos de oración y la vida fraterna; prepara a este propósito una programación de actuaciones que haga eficaz esa orientación.

[26] Escoge, nombra y forma directores que sean capaces de guiar a la comunidad local con el justo equilibrio de oración y trabajo, en un ritmo constante de ida de Dios al mundo y de vuelta del mundo a Dios, para la salvación de los jóvenes, de modo que el hermano no esté nunca lejos de Dios cuando esté con los jóvenes y no esté nunca lejos de los jóvenes cuando está con Dios.

[27] Ofrece a los hermanos y a las comunidades estímulos oportunos y firmes e intervenciones movidas por la caridad por parte del inspector para prevenir, corregir y animar; al mismo tiempo ofrece ocasión y estímulos para la formación permanente.

PROFETAS DE LA FRATERNIDAD

*“Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros.
Como yo os he amado, así también amaos unos a otros.
De esto sabrán todos que sois discípulos míos:
Si os tenéis amor los unos por los otros” (Jn 13, 34-35)*

ESCUCHA

[28] Comunidad reflejo de la Trinidad (Const. 49)

En la comunidad salesiana nos sentimos convocados por el Padre para que seamos discípulos de Cristo junto a los hermanos para una misión de salvación de los jóvenes. Percibimos los lazos que nos unen unos a otros como un reflejo de la infinita comunión de amor que une entre sí al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

En unión con el Padre de Jesús en el Espíritu, estamos llamados a dar abundante fruto, como dice Jesús: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada... No me habéis elegido vosotros a mí, sino que os he elegido yo y os he formado para que vayáis y llevéis mucho fruto y vuestro fruto permanezca” (Jn 15,5)

A pesar de nuestros límites de incompreensión recíproca, el repliegue en nosotros mismos y nuestras fragilidades, de las que somos bien conscientes, nos sentimos sostenidos por el amor e invadidos por la gracia vertida en nuestros corazones por el Espíritu de Cristo. El Cuerpo y la Sangre de Jesús con que nos nutrimos cada día hacen de nosotros “un corazón único y un alma sola” (Const. 50), llevados por la caridad de Cristo a prodigarnos por la salvación de los jóvenes tras las huellas de Don Bosco.

[29] Sed de relación y de comunicación (Const. 51)

La llamada a vivir la fraternidad satisface una de las necesidades más vitales que experimentamos: en la fraternidad *“encontramos una respuesta a las aspiraciones profundas del corazón y nos convertimos para los jóvenes en signos de amor y de unidad”* (Const. 49). En la mayoría de los hermanos percibimos una sed de relaciones interpersonales profundas, que superan los lazos funcionales.

Los Capítulos inspectoriales constatan un crecimiento en la fraternidad; al mismo tiempo perciben que falta todavía mucho para colmar la sed de relación y comunicación. Más allá de la diversidad de las culturas y generaciones, hay una gran convergencia en el hecho de que todos deseamos relaciones que reconozcan nuestra dignidad como personas, que acepten nuestras diferencias y valoren nuestras dotes y riquezas. Escuchar este deseo profundo nos ayuda a crear la comunión más allá de las diversidades o, mejor, a través de ellas. Además, esta sed de fraternidad, relación y comunicación está también muy presente en los jóvenes; en ella encontramos un óptimo punto de contacto con ellos.

A pesar de este deseo de relaciones, encontramos en nosotros actitudes contrarias a la fraternidad: el individualismo, la prisa que no deja tiempo para el encuentro, la falta de gratitud hacia la comunidad, los prejuicios, el rechazo de lo diferente, el aislamiento, la incapacidad de superar los conflictos, las dificultades del perdón recíproco; algunos hermanos, además, experimentan en la comunidad desagrado y soledad. La percepción, manifestada con frecuencia, del tiempo comunitario como tiempo “robado” a la misión, la displicencia ante los lugares y los momentos comunitarios, la pobreza de las relaciones fraternas y de la comunicación, debilitan la fuerza de la fraternidad al hacer que nos encerremos en nosotros mismos.

La dimensión afectiva del hermano resulta escasamente cuidada tanto en la formación inicial como en la formación permanente. Hay un defecto de educación en la interioridad y en el equilibrio emocional, por falta de itinerarios formativos apropiados y de formadores preparados. Entonces nuestra comunicación se hace fría y distante. Todo esto se refleja en las actitudes educativas que asumimos y en el trabajo pastoral que realizamos, especialmente en lo que se refiere a la educación de los jóvenes en el amor, el cuidado por las parejas de novios, la atención a la vida matrimonial y a las familias.

El espacio digital y la red constituyen una experiencia de vida; son parte integrante de la vida personal y social y del modo de vivir hoy. El mundo digital no es paralelo sino que forma parte de la realidad cotidiana; es una realidad que tiene un impacto fuerte en nuestro modo de sentir, pensar, vivir y relacionarnos. Por eso se habla de relaciones físicas y relaciones digitales, y no ya virtuales. La red influye en el modo de búsqueda de Dios, en la vida de la comunidad, en las modalidades del testimonio y de la evangelización. Hace falta formarse en la madurez y en la transparencia de las relaciones que se establecen a través de la red.

Las relaciones formales entre nosotros se oponen al deseo que sentimos de una comunicación más profunda. El papel del director tiene una gran importancia en la superación de las relaciones funcionales y burocráticas, si no es sólo un “organizador”. Si está escasamente entregado a la construcción de las relaciones fraternas, la comunidad se enfría. Las dificultades de la vida fraterna en común se convierten entonces en un desafío. Tenemos propuestas claras en la Palabra de Dios, en las Constituciones y Reglamentos, en los Capítulos generales y en las diversas intervenciones del magisterio salesiano, pero no siempre hemos asimilado y no ponemos en práctica todos los medios y las expresiones de comunión a los que estamos llamados.

[30] Testigos de fraternidad (Const. 52)

Hacemos visible la comunión de vida en comunidad cuando vivimos las exigencias del Espíritu de familia que quería Don Bosco (Const. 16 y 51). La comunión requiere de nosotros comunión de fe y de proyecto de vida, además de un estilo de relaciones marcado por la escucha. Nos pide estar cerca del hermano, cuidar sus necesidades, ayudarlo a vivir fielmente la vocación, compartir sus preocupaciones y aspiraciones, sacrificarse por Él, participar responsablemente del proyecto comunitario, abrirse a la corrección fraterna, combatir en sí mismo lo que se encuentra de anticomunitario. Sólo así, la fraternidad salesiana es atractiva, despertando en los jóvenes y en los laicos actitudes de auténtico amor evangélico, estimulando a vivir un estilo de relaciones entre personas alternativo al de la sociedad actual. “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los

unos a los otros. Como yo os he amado a vosotros, así también amaos los unos a los otros. De eso todos sabrán que sois mis discípulos: si tenéis amor los unos por los otros” (Jn 13, 34-35).

Sin este compromiso de convivir en comunidad se debilita la vida del salesiano y el fruto del trabajo pastoral, porque no es creíble el mensaje que trata de ofrecer. La vida común en fraternidad es contenido irrenunciable de la misión de la comunidad.

La comunidad salesiana está abierta a la Iglesia y a los valores del mundo en el que despliega su acción apostólica y es solidaria con el grupo en medio del cual vive; y así se convierte en signo revelador de Cristo y fermento de vocaciones (Const. 57). La comunión de vida en comunidad vivida con coherencia y pasión, alegría y optimismo, se convierte en profecía para la sociedad de hoy, para los laicos comprometidos en la acción educativa y pastoral y para los jóvenes con los que nos encontramos, que pueden vernos como “signos de amor y de unidad” (Const. 49). De modo especial, cuando se unen hermanos de diversa condición, edad, formación, origen social, cultura, nacionalidad, mentalidad, cualificación, y comparten el mismo proyecto de vida y acción, se hace evidente el testimonio de la fraternidad.

Entre estas diferencias de condición está la multiculturalidad, que es un fenómeno presente en numerosos contextos y no sólo occidentales, a causa de la migración de los pueblos o de la presencia en un mismo lugar de diversos grupos étnicos. Esta situación multicultural y multiétnica se da en muchas de nuestras comunidades; esto ha dado nuevas vocaciones y nos ha pedido nuevos modos de vida comunitaria y de acción pastoral. Somos conscientes de que la multiculturalidad es un reto y también una riqueza que se debe asumir y transformar en interculturalidad; en el Evangelio encontramos lo que ayuda a construir la unidad en las diferencias.

En la renovación profunda de la fraternidad salesiana hace falta, como quería Don Bosco, reforzar el servicio de animación y gobierno del director, como guía espiritual, fraterno y pastoral. La complejidad de las obras y la diversidad de las funciones que le están confiadas impiden el cuidado de la fraternidad y la corresponsabilidad en el proyecto de vida comunitaria y en el proyecto educativo pastoral. (Cfr. CG21, 46-57, CG25, 63-65; ACG 413, 36).

[31] Comunidad centro de comunión (Const. 57)

La comunión fraterna que experimentamos y la misión que se nos confía nos llevan, como a Don Bosco, a implicar una red de personas en comunión de Espíritu y de fraternidad y entregadas a la misma misión. El círculo de las personas comprometidas con nosotros en la comunión y misión incluye a los laicos que ven en Don Bosco un punto de referencia y de convergencia y comparten con nosotros responsabilidad y compromiso; con estos constituimos el núcleo animador de la comunidad educativa pastoral para animar, orientar y realizar la misión, junto a los jóvenes y a las familias. Con los grupos que se inspiran en Don Bosco formamos una verdadera familia, la familia salesiana, animados por el mismo carisma, unidos en la misma vocación y empapados por el mismo ideal de servicio a los jóvenes.

Reconocemos que mientras ha crecido en estos años la conciencia de que somos familia salesiana y la convicción de la importancia de la comunidad educativa pastoral, nos falta

todavía la puesta en práctica de la plena participación del Espíritu y de la misión con los laicos (CG24). A veces nos enrocamos en posturas de amos; no hay todavía una verdadera comunión de papeles y de corresponsabilidad de compromisos; prevalece todavía la costumbre de utilizar los servicios de los colaboradores sin valorar sus capacidades especiales y sin confiarles responsabilidades. A esto se añaden muchas veces los prejuicios sobre la colaboración con los laicos; se empobrece así el sentido de familia y el Espíritu de comunión.

Esta comunión, iniciada en la comunidad, se extiende en círculos concéntricos a la comunidad educativa pastoral y a la familia salesiana, y se amplía también a la Iglesia local y al territorio. Notemos a propósito de esto que necesitamos crecer mucho más en el sentido de pertenencia a la Iglesia local y en reforzar las relaciones en el territorio. Muchas veces nos damos cuenta de que estamos en nuestras obras y no logramos ir más allá; debemos ampliar estos niveles de comunión, para ser verdadera profecía de fraternidad.

LECTURA

[32] Comunidad reflejo de la Trinidad (Const. 49)

Nuestro estilo salesiano de fraternidad se caracteriza por relaciones sencillas, familiares y cercanas. Por eso muchos nos ven como personas que saben ofrecer un testimonio de comunión visible y legible. Cuando las comunidades saben crear espacios de diálogo, viven en actitud de discernimiento comunitario y robustecen sus relaciones con conciencia de su vocación, se convierten en un reflejo de la comunión trinitaria.

La carga educativa pastoral de nuestra propuesta tiene necesidad del ambiente como condición esencial para actuar el sistema preventivo. Constatamos en muchas de nuestras obras que este ambiente se cuida con atención. Por eso se consta el aprecio general que nuestra propuesta tiene entre la gente. La base de esto es la experiencia espiritual y las motivaciones profundas que viven tantos hermanos.

Los obstáculos para la comunión fraterna proceden con frecuencia del olvido de los orígenes profundos de nuestra fraternidad, que están en el amor trinitario, y de una visión parcial de la fraternidad. A veces nos hemos dejado contagiar por la cultura secularizada que privilegia el individualismo y los intereses particulares frente a la solidaridad, que favorece los espacios personales privados y el retraimiento en sí más que la transparencia, que facilita la superficialidad de las relaciones en vez de lazos profundos y duraderos. A veces la Eucaristía no se ve y no se vive como fuente y cimiento de la comunión y demasiado fácilmente se deja la oración en común que construye y robustece la fraternidad.

En la escucha hemos percibido que la falta de comunidad, esto es, de vida fraterna en común, es un gran reto. Las dificultades que encontramos sobre ello se deben fundamentalmente al hecho de que, en la práctica, tendemos a no creer que “vivir y trabajar juntos es para nosotros los salesianos una exigencia fundamental y un camino seguro para realizar nuestra vocación” (Const. 49). Tenemos necesidad de nutrir en

nosotros con la fe un genuino sentido de mutua pertenencia como hermanos convocados juntos por Dios.

[33] Sed de relación y de comunicación (Const. 51)

Tenemos un gran deseo de superar las relaciones funcionales entre nosotros, de profundizar nuestros vínculos, de comunicar en profundidad nuestra experiencia de vida. Nos ayuda a crear comunión una identificación fuerte con don Bosco y la tradición salesiana. El sentido de familia (Const. 51), el ambiente construido sobre relaciones recíprocas de confianza y afecto (Const. 16), la relación educativa basada en la simpatía y el deseo de contacto con los jóvenes (Const. 39), la espiritualidad del cariño y de la cercanía (Const. 20), nuestro “estar” entre los jóvenes son elementos clave de nuestro patrimonio carismático, que responden al gran deseo de comunión y de relaciones intensas.

Algunas de las causas que nos impiden asumir la profecía de la fraternidad se pueden identificar con la incapacidad de ver los problemas comunitarios como ocasiones de crecer juntos, y no como razones de encierro en sí y de desvío; en la falta de claridad en la descripción de los diversos papeles de actuación, que lleva a interferencias, choques y superposiciones; en la naturaleza predominantemente administrativa, superficial y rutinaria de muchas reuniones comunitarias; en la escasa solidez cuantitativa y cualitativa de las comunidades; en la multiculturalidad que no se ve y encauzada como riqueza para la comunión; en la falta de corrección fraterna al confrontar casos de hermanos en dificultad y por tanto en la renuncia a ser “custodio de mi hermano” (Gen 1, 4); en la incapacidad de afrontar los conflictos.

Para satisfacer la sed de relación no bastan los papeles diferenciados, las tareas distribuidas y una experiencia de comunidad como los únicos medios que nos organizan la vida. Sabemos que esta sed no se aplaca sólo con relaciones maduras y cordiales; sentimos la necesidad de vivir la comunión acudiendo a la fuente de la vida espiritual que sostiene toda la fraternidad. Además reconocemos la tendencia natural a buscar el propio interés antes que el de los otros; así como también constatamos una escasa visión del conjunto y del bien común.

La formación inicial y permanente desempeñan un papel crucial en preparar a la vida comunitaria. La inmadurez psicológica y los problemas afectivos destruyen la comunidad; por ello debemos prestar más atención a la dimensión humana, conscientes de que la gracia construye sobre la naturaleza. Sin una sólida formación humana, las posibles heridas no curadas condicionan las relaciones interpersonales. Si la formación no se personaliza, las exigencias radicales y anticulturales del Evangelio de Jesús, como la aceptación incondicional del otro, dar el primer paso en la reconciliación, el perdón sincero, no juzgar a las personas, el amor gratuito, etc., no se acogen y asimilan.

También el mundo digital tiene influencia sobre nuestras relaciones. En la raíz de una mentalidad inadecuada sobre la red está nuestra incapacidad de habitar en el mundo digital, conociéndolo en sus aspectos positivos y en sus riesgos: la inmediatez de la comunicación de amplia extensión ofrece numerosas posibilidades, pero por otra parte presenta límites para establecer lazos profundos: “Es verdad que se puede entrar en contacto con muchísimas personas, en cualquier parte del mundo y al mismo tiempo; pero el uso de esos canales no asegura la comunión, porque ésta es siempre fruto de un

vínculo personal, de una relación real con quien pide acogida, agradecimiento y respeto de la propia individualidad ...” (ACG 413, p. 34).

La misma ambigüedad se encuentra en el mundo de la red social: en ella se constituyen grupos de personas con intereses comunes que se comunican entre sí con facilidad y frecuencia, pero existe el riesgo de la homologación que hace perder la alteridad, la tensión, la integración de las diferencias. Hay que reconocer que los candidatos que llegan a la Congregación llevan consigo un bagaje de conocimientos, afectos y amistades que se han creado en la red; se debe ayudarlos a discernir y seleccionar las relaciones, que tienen una resonancia afectiva, orientándolos así a un uso pastoral provechoso de la red.

[34] Testigos de fraternidad (Const. 52)

La fraternidad vivida en la comunidad es más visible, creíble y fecunda cuando está bien guiada por el director y sostenida por la fidelidad vocacional de los hermanos. En cambio cuando hay manifestaciones de individualismo, cuando no participamos en la elaboración, actuación y evaluación del proyecto comunitario, hacemos que decaiga el testimonio de la fraternidad. Los Capítulos inspectoriales sacan a la luz que la autosuficiencia, el egoísmo, las relaciones sólo funcionales, la gestión personalista de los cometidos, la ausencia en las reuniones de la comunidad, la falta de calidad en la elaboración y evaluación del proyecto comunitario, la incapacidad de gestión de los conflictos, las heridas personales sin curar, además de disolver el Espíritu de familia hacen perder visibilidad, credibilidad y fecundidad a nuestro testimonio de vida.

En la raíz de estos límites está la cultura actual que proyecta la idea del hombre autónomo, autosuficiente y potente, olvidando los límites reales y las debilidades de toda persona. La gratuidad en las relaciones y en prestar cuidado al hermano remedia esta perspectiva y lleva a una justa relación entre personas. Una comunidad que se esfuerza por unir hermanos de diferentes culturas, edades y sensibilidad para llevar adelante un proyecto común se convierte en testimonio elocuente de la fraternidad proclamada por el Evangelio para todos los hombres, y en llamada a practicar en la sociedad la actitud de acogida del que es diferente.

El director “en el centro de la comunidad, hermano entre hermanos, que reconocen su responsabilidad y autoridad” (C55), cumple un servicio esencial para animar a los hermanos en la vocación, para unir a las personas y para orientar a todos hacia los objetivos educativos pastorales. Según los Capítulos inspectoriales el diálogo y el coloquio fraterno son instrumentos importantes que recuperar. Necesitamos directores que tengan una auténtica comprensión de su papel y no permitan a las funciones administrativas que se impongan sobre su deber de animación espiritual, fraterna y apostólica de la comunidad.

[35] Comunidad centro de comunión (Const. 57)

Con frecuencia nos encontramos enclaustrados en los viejos esquemas de excesivo protagonismo, organización y centralización, que se refleja también en la vida fraterna y en la acción apostólica en la comunidad educativa pastoral. Esos esquemas son residuos de una mentalidad de eficiencia y burocracia; parecen inspirarse más en la mentalidad

empresarial del mundo de las transacciones y de los negocios que en el sentido de la Iglesia como comunión de amor. Olvidamos que nuestra fraternidad está radicada en la experiencia de Iglesia y obtiene su vitalidad de la savia eucarística como los sarmientos de la única vid que es Cristo. Falta la óptica creyente de que nuestra comunión fraterna es la primera realidad que debemos testimoniar para la misión; es la más clara profecía ante un mundo troceado por divisiones lacerantes.

La mentalidad de la eficiencia no nos permite además una verdadera comunión de papeles y corresponsabilidad en las tareas con los laicos. Tenemos desconfianza sobre la capacidad de los laicos comprometidos o miedo de delegarles las responsabilidades de gestión. Con frecuencia falta en nosotros la capacidad de trabajar codo con codo con ellos con mentalidad proyectual y con sentido de equipo. En el fondo hay en nosotros una deficiente visión de Iglesia como comunión de personas con diferentes carismas y papeles al servicio de la construcción del Reino. Es decir, no hemos logrado todavía poner en práctica plenamente las indicaciones del CG 24.

Cuando se cuida la animación de la familia salesiana, el testimonio es más fuerte y significativo. Sin embargo, con frecuencia descuidamos el acompañamiento de la familia salesiana porque nos concentramos más sobre la eficacia de nuestro trabajo pastoral. Nos damos cuenta de que nuestra capacidad de animación es escasa, porque no estamos convencidos de la fuerza de testimonio que la familia salesiana posee. Del mismo modo nuestra pertenencia a la Iglesia local deja a veces que desear, porque nos centramos demasiado en el trabajo en las obras y en nuestras propuestas educativas pastorales, sin descubrir la riqueza de una comunión en sinergia. Lo mismo vale para nuestra relación con el territorio; parece que existe una mentalidad de autosuficiencia; esto lleva, tal vez sin darnos cuenta, al enclaustramiento de nuestras presencias.

CAMINO

META

[36] *Testimoniar la conversión fraterna, valorando las relaciones interpersonales y las expresiones visibles de fraternidad.*

PASOS QUE DAR

Hermano

[37] Concreta en el proyecto personal de vida los elementos de nuestro patrimonio carismático para la construcción de la fraternidad; busca los medios para hacer madurar su capacidad de estrechar lazos libres y vitales y de reconocer los propios límites; se empeña en cuidar la fuente que alimenta su fraternidad y cultiva la espiritualidad de la comunión.

[38] Acepta y practica la corrección fraterna y valora los escrutinios comunitarios para contrastar todo lo que encuentra que va contra la comunidad.

[39] Desarrolla las capacidades que lo habiliten para ser hombre de comunión: el diálogo, la corresponsabilidad, el trabajo compartido, la comunicación sincera, la atención a otros, etc.

[40] Asume de manera actualizada los medios que nuestra tradición propone para construir un verdadero Espíritu de familia: el coloquio con el director, las reuniones comunitarias, los servicios domésticos, la comunicación interpersonal, compartiendo las propias vivencias, etc.

Comunidad

[41] Elabora el Proyecto comunitario de vida en clave de discernimiento de la voluntad de Dios y con vistas a garantizar la identidad común, la visión comunitaria del trabajo apostólico y la atención a la comunión con los laicos corresponsables.

[42] Privilegia el día de la comunidad como genuina ocasión de comunicación profunda y de formación espiritual y pastoral permanente y cuida la dimensión formativa y fraterna de las reuniones comunitarias regulares.

[43] Crea espacios de convivencia, de oración y de formación con los jóvenes, con los laicos y las familias de la comunidad educativa pastoral y con la familia salesiana.

[44] Elabora y verifica con los laicos colaboradores el proyecto educativo pastoral, asegurando unidad de los fines que alcanzar, convergencia de estrategias que adoptar, y creando una comunión más estrecha entre todos.

[45] El director da prioridad a su cometido principal que es el cuidado de los hermanos y de la comunidad con vistas a una misión eficaz; ofrece recursos para el acompañamiento personal y comunitario; cuida los momentos formativos de la comunidad tratando de recalificar los medios de nuestra tradición salesiana: las buenas noches, el coloquio fraterno, los retiros mensuales y trimestrales, los escrutinios comunitarios, la cercanía a los hermanos, especialmente a los jóvenes y a los ancianos.

Inspectoría

[46] Lleva adelante con valentía el proceso de *rediseño de sus presencias* en el territorio, estudiando cómo dar mayor prestancia a algunas, redimensionando otras, abriendo nuevas según las necesidades y las nuevas fronteras de los jóvenes, y poniéndose a precisar obras que hay que realizar en unión con algún grupo de la familia salesiana.

[47] Cuida la *solidez cualitativa y cuantitativa de las comunidades*; evita incorporar comunidades, sin cambiar la modalidad de gestión de las obras; propone algunas obras a la responsabilidad directa de los laicos con el acompañamiento inspectorial; se compromete a alcanzar la regularidad del número de los hermanos para las presencias de reciente apertura.

[48] Establece, sobre todo en contextos multiétnicos y pluriculturales, *comunidades internacionales* que sean signos proféticos y escuelas de comunión en medio de la gente entre la que se vive y en la Iglesia local, favoreciendo la acogida recíproca entre los miembros de la comunidad, la valoración de las diferencias, el reconocimiento de los aspectos culturales, carismáticos y evangélicos comunes, la complementariedad.

[49] Acompaña a los *directores* con especial cuidado; se entrega a la formación de los hermanos en el liderazgo desde la fase de la formación específica y del quinquenio; propone itinerarios concretos de formación después de que hayan asumido responsabilidades; los hace capaces de favorecer y animar la fraternidad en la comunidad, en la comunidad educativa pastoral y en la familia salesiana, en la presencia en el territorio y en la Iglesia local.

[50] Asegura que en la formación, a partir de la inicial, los candidatos y los hermanos estén acompañados en su *maduración afectiva*.

Rector Mayor y Consejo

[51] Provee a la actualización del *manual del director*, con atención a las nuevas evoluciones de la vida y de las orientaciones de la Congregación, maduras especialmente en los últimos Capítulos generales.

SIERVOS DE LOS JÓVENES

*“Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra.
Id, pues, y enseñad a todas las naciones,
bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo,
enseñándoles a observar todo lo que os he mandado.
He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28:19-20)*

ESCUCHA

[52] Unión con Dios, fuente de la misión (Const. 12)

Somos conscientes de que Dios nos llama al servicio de los jóvenes y al seguimiento de Cristo para ser signos y portadores de Su amor como Don Bosco. Somos también conscientes de que nuestra misión es participación en la misión de Dios, que manda a su Hijo Jesús redentor y al Espíritu santificador y por tanto es inserción en la misión de la Iglesia, realizada por mandato del Señor resucitado y animada por el Espíritu. Nos recuerda Jesús que nuestro trabajo está sobre la huella de su obra y de la del Padre: “Como el Padre actúa siempre, también yo actúo” (Jn 5,17). Por eso para nosotros “la ciencia más eminente es [...] conocer a Jesucristo y la alegría más profunda es revelar a todos las insondables riquezas de su misterio” (Const. 34).

Hemos recibido por medio de Don Bosco el don de la predilección por la juventud: “Por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo, por vosotros estoy dispuesto a dar mi vida” (Const. 14). Esa predilección se expresa en el trabajo pastoral que es el camino de nuestra santificación. Vivir la radicalidad evangélica nos hace más disponibles para la misión juvenil. La pasión de don Bosco por la salvación de los jóvenes se realiza en el sistema preventivo, que inspira nuestro modo de estar presentes en la misión. Nos ayuda en esto un estilo de vida, basado en el sentido del sacrificio, en el don de nosotros mismos y en la templanza, que fortifican el trabajo pastoral realizado cotidianamente.

Experimentamos vivamente en nuestra vida que la pasión apostólica y la caridad pastoral son proporcionales a la robustez espiritual personal y comunitaria; experimentamos que la medida de nuestra radicalidad y la fuente de nuestra fecundidad están determinadas por el celo apostólico; estamos convencidos de que la pasión apostólica y la caridad pastoral no tienen edad. Hay, pues, un estrecho nexo entre acción pastoral y vida espiritual.

Reconocemos los cansancios, que nos vienen de la pérdida del sentido de la presencia de Dios y del secularismo; estas situaciones debilitan antes que nada nuestra identidad, transformando también el mucho trabajo en un hacer frenético sin perspectiva apostólica y carismática. Sabemos bien que la disminución de la unión con Dios lleva a la pobreza de reflexión pastoral, a la falta de creatividad en el anuncio del Evangelio, al debilitamiento de la presencia entre los jóvenes. La fuente de nuestra fecundidad y eficacia en el trabajo apostólico nos viene de vivir la gracia de unidad y la unión con Dios.

[53] Comunidad sujeto de la misión (Const. 44)

Por vocación y misión carismática, nosotros los salesianos trabajamos en comunidad, donde todos los hermanos ofrecen su aportación a la acción pastoral común. La comunidad está abierta a la implicación de los laicos, al protagonismo de los jóvenes, a la colaboración con las familias, consciente de que la misión se comparte con toda la comunidad educativa pastoral. El servicio a los jóvenes es también don carismático para toda la familia salesiana; a nosotros, los salesianos, nos toca la responsabilidad de mantener vivo este dono, de solicitar su atención, de favorecer su cualificación. La comunidad salesiana es el sujeto de la implicación en la misión, dejándose ayudar por todos y caminando en el Espíritu de la comunión; pero hay veces en que todavía se siente a los laicos más como ejecutores o colaboradores que como corresponsables.

Sabemos que es una dificultad común la de trabajar en equipo dentro de las comunidades; éstas a veces viven tensiones pastorales a causa de la dialéctica entre la escucha del mundo con sus retos y las formas pastorales de la comunidad, con frecuencia rebasadas y ajenas a la realidad. Otras veces son las relaciones entre generaciones dentro de las comunidades las que crean situaciones de conflicto. Pero estamos convencidos de que la dimensión comunitaria de la misión es crucial para la eficacia educativa, evangelizadora y vocacional de nuestra acción.

Pagamos las consecuencias de no tener un compromiso suficiente en la formación y puesta al día según las orientaciones pastorales de la Congregación. Aparecen resistencias a que evolucionen nuestras obras, para mantenerlas vivas en función de las demandas que nos vienen de los jóvenes; tal vez estamos más preocupados por la conservación y perpetuación de las obras mismas. Entonces en este campo el director, que tiene el papel específico de animar el discernimiento pastoral, de motivar hacia la misión, de implicar a todos en la acción apostólica, corre el riesgo de encontrarse con dificultades ante mentalidades pastorales diferentes.

[54] Presencia entre los jóvenes (Const. 39)

Reconocemos que la presencia entre los jóvenes es el lugar de nuestro encuentro con Dios y de la posibilidad de manifestarles su cercanía. En la tradición salesiana la presencia entre los jóvenes viene llamándose “asistencia”; se siente la necesidad de profundizar su plenitud de significado y de orientar a esta práctica a los hermanos jóvenes y a los laicos. Se trata de una presencia cercana, que anima y acompaña, con el compromiso de acercarse cada vez más a los jóvenes y de manifestarles nuestra proximidad. Nos sentimos interlocutores de los jóvenes, aprendemos de sus demandas y gracias a ellas nos sentimos estimulados a renovarnos.

La presencia entre los jóvenes nos interpela a prestar atención al futuro y por tanto a saber leer los “signos de los tiempos”. El discernimiento pastoral se convierte en lectura intensa y positiva de la realidad social y juvenil; se convierte en capacidad de interrogarse sobre los deseos de justicia del mundo, sobre las esperanzas de vida de la gente, sobre las necesidades de espiritualidad que nuestra época nos pone delante; al mismo tiempo nos abre a la verdad de las tragedias, desesperaciones, dolores, incomprensiones e injusticias que nuestro mundo crea y que las generaciones jóvenes sufren, acabando por robarles su

futuro. La atención a los signos de los tiempos nos incita y nos provoca a una misión aún más viva, verdadera, cercana a la juventud, a la escuela de don Bosco. Reconocemos las actitudes positivas de los jóvenes en relación con nuestra misión y apreciamos el testimonio de nuestros hermanos ancianos y enfermos que siguen viviendo la misión juvenil aunque de modo diferente; de todo ello le damos gracias a Dios.

Somos conscientes de que esto no siempre sucede y conocemos las “distancias culturales”, más que las generacionales, sabiendo que son un freno para la acción pastoral y para nuestra presencia entre los mismos jóvenes. Estas distancias provocan efectos concretos: el apagarse del celo, la falta de aceptación y de cercanía al mundo juvenil, la distancia por ignorancia, miedo e incompreensión; la falta de creatividad y de pasión en el proyecto pastoral; las rigideces, los retraimientos en nuestras seguridades. Cuando sucede esto, los jóvenes dejan de ser nuestra principal preocupación.

Los Capítulos inspectoriales subrayan la dificultad de llegar hasta los jóvenes donde viven: varios hermanos manifiestan formas de miedo ante ellos, sensación de incapacidad, o hasta rechazo a estar con ellos; pocos salesianos trabajan directamente entre los jóvenes prefiriendo “escondersse” tras papeles o cargos de gestión, se nota la prevalencia a trabajar en obras institucionales; todavía son pocas las obras para jóvenes necesitados y las formas de animación pastoral para las nuevas fronteras. Faltan propuestas concretas de espiritualidad y de procesos de fe adecuados. Estamos a veces demasiado volcados en planes sociales y educativos, por lo que la educación prevalece sobre la evangelización. No somos siempre capaces de aceptar el protagonismo juvenil con su valor positivo. Todos los motivos descritos anteriormente evidencian no sólo la dificultad para estar presentes entre los jóvenes sino, mucho más profundamente, el oscurecimiento de la conciencia del sentido y de la práctica de la asistencia que de hecho desfigura la presencia educativa, acompañante de todo camino.

Frente al mundo digital nos sentimos todavía en los comienzos y somos débiles en la reflexión sobre lo positivo de este nuevo gran continente. En nuestro trabajo pastoral constatamos muchas veces la ausencia de la familia como interlocutora en la educación de los jóvenes, y la falta por nuestra parte de una pastoral para la familia misma.

[55] Nuestro servicio a los jóvenes (Const. 31)

Nuestro enfoque educativo pastoral se concreta en la práctica del sistema preventivo fundado sobre la razón, religión y cariño y sobre la asistencia como presencia cercana, animadora y acompañante.

Estamos superando la mentalidad que confunde la misión con las actividades, tratando de ser siervos de los jóvenes, no de las obras ni de las estructuras. Nos estamos comprometiendo en el acompañamiento personal, además del comunitario, que orienta a cada joven a la realización del sueño de Dios sobre él. La relación no siempre clara entre educación y evangelización no nos ayuda en el acompañamiento espiritual de los jóvenes. Damos gracias a Dios por el relieve eclesial y social que nuestras obras siguen teniendo y por el servicio a los jóvenes en situación de dificultad; estamos también empeñándonos en llegar a muchos muchachos pobres defendiendo una cultura de los derechos humanos.

Constatamos la fatiga en preparar a los jóvenes a asumir la responsabilidad en la sociedad, con la capacidad de transformarla según el Espíritu del Evangelio como agentes de justicia y de paz, con una aguda sensibilidad social que sabe discernir las estructuras de injusticia y de pecado. La misma situación se verifica también en la preparación de los jóvenes para que vivan como protagonistas en la Iglesia. Nos falta la atención para formar a los jóvenes en el liderazgo. Nuestro trabajo pastoral debe prestar también más atención a las situaciones multiculturales, pluriétnicas y plurirreligiosas en las que viven los jóvenes, ayudándoles a superar todas las barreras de género, etnia, nacionalidad, cultura, religión y condición social.

En el trabajo pastoral prevalece con frecuencia una generalización que llena de trabajo, pero vacía de significado carismático nuestra acción. Las presencias de nuestras obras siguen estando llenas de jóvenes, pero la calidad pastoral que nosotros les damos es, a veces, incompleta. Estamos volcados en la educación, en vez de cuidar una fuerte propuesta educativa evangelizadora. La falta de calidad pastoral se manifiesta también en no saber ser siempre punto de referencia para la Iglesia y el territorio en el que nos encontramos, y en no saber acercarnos a los jóvenes que no van a la Iglesia ni a nuestras obras.

En nuestro trabajo pastoral es bastante frecuente el abandono de los jóvenes, cuando llegan a la etapa de las decisiones de vida y de las orientaciones sociales y profesionales. Igualmente constatamos que entre los muchos jóvenes que están con nosotros, no siempre sabemos acompañarlos personalmente en las opciones de su vida, y en los caminos vocacionales. De modo especial entre todos los caminos vocacionales vemos todavía insuficiente el acompañamiento en el cuidado de las vocaciones apostólicas y a la vida consagrada salesiana en sus dos formas; de ese modo los caminos de fe no alcanzan su vértice.

LECTURA

[56] Unión con Dios, fuente de la misión (Const. 12)

Los aspectos positivos, detectados por los Capítulos inspectoriales y reproducidos en la parte de la escucha, se basan en la certeza de que nuestra vocación es fecunda si vive de la energía de Dios y de la gracia de unidad. La fuente de nuestra pasión apostólica es la conciencia permanente de ser llamados y enviados por Dios, consagrados para una misión, según el ejemplo de Jesús, el Hijo del Hombre y el Siervo de todos, que *“no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar la propia vida en rescate por muchos”* (Mc 10.45). Sabemos bien que la misión no es nuestra: es participar en la misión de Dios y en la misión de la Iglesia, como hizo don Bosco, colaborando con todos, y yendo hacia todos, especialmente los más pobres. Esta fidelidad es garantía de futuro; Jesús nos lo recuerda: *“sin mí no podéis hacer nada”* (Gv 15,5).

Vivimos nuestra identidad de consagrados y medimos la radicalidad evangélica de nuestra vida cotidiana sobre la conciencia de la misión que Dios nos ha confiado: *“realizar en una forma específica de vida religiosa el proyecto apostólico del Fundador: ser en la Iglesia signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres”* (Const. 2). El compromiso de ser *“signos del amor de Dios a los jóvenes”*

determina el modo de comprender la calidad de nuestra vida de consagrados, la radicalidad evangélica y el primado absoluto de Dios. Solo desde esta fuente podemos animar a los laicos, con los que compartimos vida y misión, y abrirnos a una reciprocidad vocacional que nos enriquece recíprocamente.

Compartimos concretamente la convicción de don Bosco de la bondad del joven sobre la que podemos actuar y sobre la visión positiva de la humanidad que ha sido creada por Dios, redimida por su Hijo y santificada por el Espíritu. Estamos convencidos de que la familia salesiana tiene una gran contribución que dar para la salvación de la juventud, también de la que está fuera de la Iglesia. Los impulsos de renovación de la Iglesia sobre la nueva evangelización y sobre la educación en la vida nueva del Evangelio renuevan y provocan nuestro celo apostólico.

Sabemos que no siempre vivimos la “gracia de unidad” con visible, creíble y fructífero testimonio; somos conscientes de que no podemos ser verdaderos siervos de los jóvenes si al mismo tiempo no somos místicos en el Espíritu y profetas de fraternidad. La causa de nuestra fragmentación de vida está en la búsqueda de las comodidades y en la falta de templanza, que sofocan el fuego de nuestra sacrificada entrega al bien de la juventud. En las relaciones con los jóvenes y con la gente, la templanza nos permite estar cerca de ellos con la distancia necesaria para una verdadera relación educativa pastoral. Aun en la riqueza de nuestra tradición y de nuestra historia, constatamos que a veces agotamos la idea de misión salesiana sólo con estar presentes en nuestras obras en favor de la juventud.

Los cambios culturales nos ponen en dificultad; la poca conciencia de lo que cambia rápidamente, la pereza para dedicarnos a la formación permanente y el escaso compromiso en la actualización carismática enervan nuestras energías. Del mismo modo el debilitamiento de la espiritualidad y la pérdida del sentido de la presencia de Dios, así como también el individualismo en la acción y la falta de fraternidad, atenúan la fuerza de la misión.

[57] Comunidad sujeto de la misión (Const. 44)

“Vivir y trabajar juntos” contiene entre nosotros una energía difusiva de bien y nos lleva a mayor corresponsabilidad con la comunidad educativa pastoral según el proyecto educativo pastoral, que nos permite compartir nuestro carisma con los laicos corresponsables, con los mismos jóvenes y con las familias. Este estilo participativo en espíritu de familia es la condición esencial de la eficacia de nuestra acción pastoral; vivido en comunidad, se transmite también a los otros sujetos con los que trabajamos.

Las comunidades poco significadas, tanto cuantitativa como cualitativamente, pueden debilitar fuertemente la misión. La ancianidad en algunos contextos, dentro de las dinámicas comunitarias puede ser elemento de debilidad donde no hay colaboración y corresponsabilidad. Somos conscientes de que el papel del director, por su importancia fundamental, debe repasarse y actualizarse en este contexto.

Cuando viene a faltar un verdadero proyecto y evaluación, tanto a nivel local como inspectorial, quedamos atados a las estructuras e instituciones actuales, acabando por perder la dimensión de testimonio comunitario en la misión. Esta es también la razón de la desgana que sentimos al analizarnos como comunidad y como

obras en obediencia a la realidad, examinándonos no sobre hacer todo, sino en hacer bien lo que decidimos hacer. Así se explica que en algunos contextos no sabemos siempre involucrar a los laicos y a los jóvenes en corresponsabilidades en la vida de la comunidad educativa pastoral.

[58] Presencia entre los jóvenes (Const.39)

Reconocemos las raíces de algunas condiciones esenciales que nos permiten ser verdaderos siervos de los jóvenes: la presencia, la empatía, el deseo de anunciar el Evangelio y promover su crecimiento integral, la disponibilidad a acompañar. Estas energías determinan la alegría que sentimos al estar con los jóvenes y la capacidad de permanecer entre ellos. Sólo la presencia nos permite atender a sus verdaderas necesidades.

Nos situamos explícitamente entre los que se comprometen en el trazado de un camino educativo de acompañamiento fraterno de los jóvenes para permitir a todos y cada uno vivir una experiencia de esperanza hacia el encuentro personal con Dios. Esto sucede con especial atención en la pastoral familiar, en la educación de la afectividad, en la construcción del sentido social en la transmisión de la doctrina social de la Iglesia, en el 'acompañamiento vocacional. La pérdida de esta perspectiva determina el alejamiento de los jóvenes, la extinción de la creatividad en acercarnos a ellos, la falta de flexibilidad en transformar nuestras obras. Nos hacemos rígidos en las formas y duros en las lecturas de la condición juvenil, perdiendo la capacidad de aceptar lo positivo y de dejarnos interrogar por él.

Un subrayado especial merece la pérdida del sentido de la asistencia y por tanto de la presencia concreta entre los jóvenes. Esto se debe a las distancias culturales, pero sobre todo al decaimiento del celo pastoral y por consiguiente a la disminución del sentido de la urgencia pastoral para la salvación de los jóvenes que se nos confían; a la rigidez de mentalidad de la que deriva la falta de comprensión de nuestra época y de la juventud con su valor positivo; a la complejidad de las obras en las que nos atamos, muchas veces, en tareas de organización y de gestión que nos alejan de la primera línea de la misión. Constatamos también que la fatiga de la presencia y de la práctica de la asistencia depende también de la escasa formación con que nos nutrimos y damos a nuestros colaboradores sobre el sentido y la hondura de la presencia misma que se convierte en vehículo en el acompañamiento de cada camino propuesto. El sistema preventivo es para muchos solo una metodología educativa y no una escuela de espiritualidad; esto provoca un radical cambio de óptica respecto a don Bosco.

El influjo del secularismo en los jóvenes lleva a un debilitamiento de la búsqueda de Dios en muchos contextos; el mismo influjo tiende a apagar en nosotros el celo apostólico. Estamos día a día en contacto con las difíciles situaciones que vive la familia y de las que tratamos de hacernos cargo. Por falta de templanza llevamos el peso de los casos de pederastia y de las demás deformidades que si no nos alejan de los otros, alejan a los otros de nosotros.

[59] Nuestro servicio a los jóvenes (Const. 31)

Nosotros encontramos el camino de nuestra santificación en el compromiso educativo pastoral vivido cada día con entrega generosa. Esto es profecía para nuestra época: “La historia de la Iglesia, desde la antigüedad hasta nuestros días, es rica de admirables ejemplos de personas consagradas que han vivido y viven la tensión hacia la santidad mediante el compromiso pedagógico, proponiendo al mismo tiempo la santidad como meta educativa. De hecho, muchas de ellas han realizado la perfección de la caridad educando. Este es uno de los dones más preciosos que las personas consagradas pueden ofrecer también hoy a la juventud, al hacerla objeto de un servicio pedagógico rico en amor, según la sabia advertencia de san Juan Bosco: «Que no sólo se ame a los jóvenes sino que ellos sientan también que son amados”. (VC 96)

El camino de reflexión que la Congregación ha hecho en estos años sobre la identidad de la pastoral juvenil salesiana, se considera como una raíz de crecimiento importante y preciosa, punto de referencia para las inspectorías y las comunidades. El bicentenario del nacimiento de Don Bosco nos espolea a la imitación de nuestro fundador y de su celo, a la profundización de nuestra identidad carismática y al estudio y actualización del sistema preventivo. La apertura a todas las formas juveniles de pobreza es garantía de fidelidad al carisma, así como también el compromiso a la nueva evangelización, a la propuesta de itinerarios educativos y a aprender a acompañar a los jóvenes en su crecimiento y en el descubrimiento de su vocación.

Constatamos que la falta de verdaderos proyectos y evaluaciones, tanto a nivel local como inspectorial es una raíz de la generalización pastoral. Si no cuidamos el pensamiento y la puesta al día corremos el peligro de seguir haciendo sólo lo que siempre hemos hecho. Con la pérdida del sentido de la presencia de Dios, corremos el riesgo de que se conviertan en empleados y no apóstoles, bajo el efecto de la cultura secularizada en que vivimos. Los cambios culturales rápidos para los que no estamos preparados, incentivan generalizaciones y falta de calidad pastoral. Acabamos por ser residuales en la propuesta educativa evangelizadora, al no conocer a fondo a los jóvenes y sus demandas. Razones de ambigüedad y de falta de calidad son también las condiciones estructurales de nuestras obras, o los estilos de vida superficiales y burgueses. Estas causas dispersan y empobrecen la fuerza del carisma y del sistema preventivo e impiden el crecimiento de la corresponsabilidad de los laicos.

La falta de calidad pastoral nos lleva a la incapacidad de preparar a los jóvenes a ser protagonistas de la vida social y eclesial. No se dirigen a nosotros para que los acompañemos, sino a otros; al mismo tiempo nuestro alejamiento de ellos nos hace desaparecer de su horizonte. Las propuestas de nuestra pastoral juvenil se muestran débiles; la reflexión de las inspectorías y de las comunidades sobre las propuestas educativo pastorales es a veces insuficiente; así como la verificación de las mismas. También desde el punto de vista de la evangelización y del cuidado de las vocaciones apostólicas y a la vida consagrada, somos con frecuencia débiles en la propuesta e inadecuados para acompañar a cada uno, quedándonos en propuestas de masa. Sobre todo en este campo pesa el clima secularista con la pérdida del sentido de Dios, que compromete la comprensión misma de la llamada, empezando por la vocación a formar una familia.

CAMINO

META

[60] *Promover la conversión pastoral, cuidando el discernimiento apostólico en comunidad y entregándose a la presencia entre los jóvenes.*

PASOS QUE DAR

Hermano

[61] Cuida la vida espiritual que le abre a las inspiraciones y mociones del Espíritu, elaborando y verificando la dimensión pastoral de su proyecto personal de vida, entendiéndose con el director de la comunidad y el guía espiritual.

[62] Estudia los rasgos de la misión salesiana para descubrir su fundamento en la misión de Dios y de la Iglesia, en la que participamos, y las dinámicas de la espiritualidad del sistema preventivo, examinándose a la luz de la Sagrada Escritura, el Magisterio de la Iglesia y la tradición de la Congregación.

[63] Participa en el diálogo comunitario para la búsqueda de la voluntad de Dios con vistas a la realización de la misión común y se esfuerza por compartir el Espíritu y la misión de Don Bosco con los laicos dentro de la comunidad educativa pastoral y en la óptica del proyecto educativo pastoral.

[64] Cuida la presencia entre los jóvenes y el sentido de la asistencia salesiana para crear relaciones educativas, con especial atención a las nuevas fronteras y a las realidades más pobres, al acompañamiento espiritual y a la promoción vocacional.

[65] Acepta con corazón abierto las conclusiones del discernimiento comunitario (Const. 66) y se aplica con generosidad a las decisiones de la comunidad de la que forma parte.

Comunidad

[66] Hace una lectura de la realidad, especialmente en lo que se refiere a la situación de los jóvenes, y se pone a la búsqueda de la voluntad de Dios con la oración al Espíritu Santo y la redacción del proyecto comunitario con la dinámica del discernimiento; en ella el director se siente especialmente como guía del discernimiento pastoral.

[67] Señala las fuentes de inspiración para el discernimiento pastoral: Palabra de Dios, Constituciones, signos de los tiempos, marco de referencia de la pastoral juvenil, proyecto educativo pastoral inspectoral... Pone a los hermanos en condición de disponer de tiempo per hacer claro este discernimiento.

[68] Entra en diálogo para la búsqueda generosa y valiente de las opciones pastorales más adecuadas a las necesidades de los jóvenes como respuesta a la espera de Dios sobre nosotros, con especial atención a las pobrezas del mundo y a las nuevas fronteras y a la animación vocacional.

[69] Crea un clima de colaboración y de corresponsabilidad en torno a la misión implicando a la familia salesiana y a los laicos de la comunidad educativa pastoral;

mantiene vivo el testimonio de la comunidad salesiana en el núcleo animador de la misma comunidad educativa pastoral.

Inspectoría

[70] En la redacción del proyecto orgánico inspectorial y del proyecto educativo pastoral inspectorial evidencia criterios de calidad a partir de la identidad misma de la inspectoría, de los retos del territorio, de la presencia salesiana y de la familia salesiana.

[71] Forma a los hermanos y a las comunidades en prácticas y líneas de discernimiento pastoral que superen el individualismo y otras formas de aislamiento o cerrazón.

[72] Acompaña y cuida la formación de los directores en la tarea del discernimiento pastoral, dándoles escucha, ayuda y apoyo.

[73] Ayuda a las comunidades salesianas y a las comunidades educativas pastorales a asimilar y ejecutar el cuadro de referencia de la pastoral juvenil.

Rector Mayor y Consejo

[74] Ofrece instrumentos de verificación de los criterios usados por las inspectorías en el discernimiento pastoral sobre la base del cuadro general de la Congregación.